

EL PROBLEMA NEGRO

Esta de mudanza la ciudad, y el país entero. Se quita el hongo café con leche del verano, y se pone el hongo chocolate del otoño. Se despide del campo la gente urbana a escopetazos, matando por el monte venados y conejos. Descuelgan la hamaca perezosa, embiste el mar contra los muelles de baño y las casillas; entran en la ciudad los rusticantes armados de sangre y luz para las batallas del invierno. Con septiembre se cierran las asambleas de uso: la de los veteranos, la de los clérigos, la de los banqueros, la de los reformadores que quieren sufragio puro y nacional, sistema de empleos fijos y erario que no le tome al país más que lo que sea menester para honrarlo y defenderlo. A la reunión que celebran cada septiembre los amigos del negro, en memoria de la proclama de emancipación de Lincoln, dio este año desusado interés y fervor la zozobra con que se ha de ver la caza de negros que va de creces en el Sur. No hay día sin choque de armas.

Merodean de canana al cinto, por los caseríos de la negrada, los vigilantes de mostacho y perilla, «echando abajo a estas sombras del demonio». Se entran por sus aldeas, como por plaza conquistada, voceando a caballo, y descargando los rifles por las puertas abiertas de las casas. En las ciudades, dicen los finos caballeros del pie pequeño y la barba sedosa, que la negrada toda es una ingratitud, que en veinte años de ese trato amable no quieren tener amor por sus dueños antiguos, ni aprender las artes y ciencias que no tienen donde lucir ni cultivar, ni venir a las escuelas donde les enseñan los maestros pagados por aquellos mismos que aplauden y favorecen y aconsejan la persecución y la carnicería. El negro crece, con la fecundidad de los matrimonios pobres, que en la casa tienen el único placer, y ponen en la esposa todo el amor y compañía que les niega el mundo. El hombre ha de crear: ideas o hijos. Crece el negro en el Sur, y el blanco indígena no crece como él ni van al Sur, que sólo por donde toca al Norte resucita, las arribadas de inmigrantes blancos. Y el blanco del país, antes que verse dominado por el negro o mezclarse con él de hembra o varón, decide exterminarlo, espantarlo, echarlo de la comarca como al zorro.

¿A que la escuela donde le enseñan que nació para siervo por el castigo del color, y que jamás podrá gozar en su suelo nativo de los derechos plenos del hombre? ¿A qué el seminario donde enseñan que Dios sentara a todos los hombres a su lado por igual, si los ministros blancos de Dios son más que Dios mismo y van contra su ley, y no quieten sentarse al lado de los ministros negros? De una parte se agrupan los negros, ya más cultos, con el amparo de los republicanos del Norte, que so capa de defenderlos, se valen de esta justicia para abogar ante el Congreso por una ley que les asegure el voto de los Estados del Sur, hasta hoy demócratas. Surge de nuevo, aunque no se la quisiera ver, la cólera del Sur contra el Norte. Entra por mucho en esta ira contra los negros el que el Sur blanco ve en ellos el instrumento de que el Norte se vale para quitarle, con la cubierta de la ley federal en amparo del voto de los emancipados la libertad política. Sin este veneno del Norte, sin este miedo de los republicanos a perder el poder de que usan en lo interior y exterior como vencedores en tierra de conquista, vendrían a arreglar por la fuerza natural, por el poder de la vida común, por la labor de la conciencia, facilitada por la cultura creciente del emancipado, lo que hoy se está disponiendo como para campaña mortal. Eso dice Lee, el gobernador soberbio de Virginia, que de los negros todos haría una llamarada. Esto dicen los negros de las iglesias, juntas ahora en convención.

Eso dijeron, con el fuego de Harrison, las mujeres y sacerdotes de Boston que celebraron este septiembre el aniversario de la proclamación de Lincoln. La leyó un negro joven, con voz que

vibraba en el aire como el eco de un martillazo sobre acero.

La asamblea, al acabarse la lectura, sollozaba y oraba. Una mujer blanca, de lo mejor de la ciudad, entonó el canto de los esclavos a su amo bueno, y los oyentes cayeron de rodillas. Whittier, el cuáquero, el poeta de la abolición, mandó versos como antes. Butler, ejemplo de la ineficacia del genio inmoral, habló asuntos viriles en memoria de Wendell Phillips, «el gran orador y héroe moral del país». Douglas, el mulato elocuente que enloqueció hace veinte años las asambleas abolicionistas, envió una carta donde se ven correr las lágrimas por el rostro de bronce y mesarse con las manes frías de espanto la cabellera leonina.

Curtis les escribió, el que pronunció el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Y abrió la ceremonia el mismo sacerdote que ofició en el entierro de John Brown.